

ACCIÓN TEXTUAL/ACCION SOBRE LOS TEXTOS

Por
NOÉ JITRIK
El Colegio de México

1 — El tema o, mejor dicho, el título —y hay una diferencia— que me propuse en esta ocasión es “Acción textual/Acción sobre los textos”. Si bien no sé hasta qué punto hay en ese enunciado verdaderamente un “tema”, al menos sé que hay algo susceptible de ser desarrollado, al menos hay dos órdenes que suponen dos tipos de objetos o si esta palabra es excesivamente connotada, dos tipos de discurso, uno el de los textos, otro el que toma a los textos como su punto de partida. Si los discursos no son “objetos” en su sentido corriente, uno de ellos hace del otro su objeto, se constituye como discurso en un movimiento de transitividad.

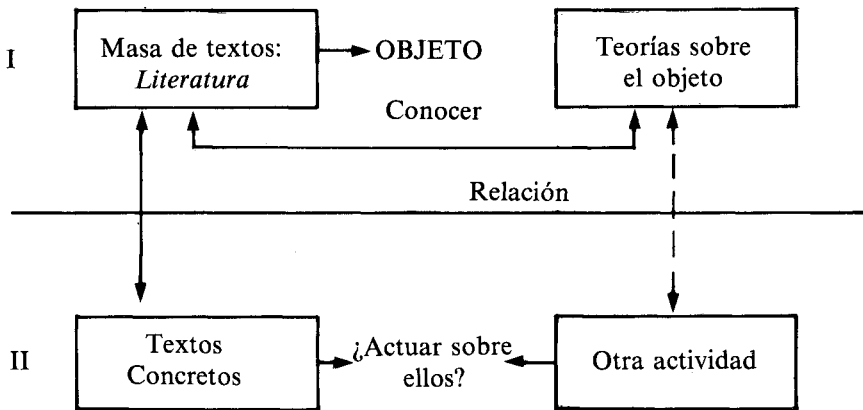
Es evidente que si algo son, estas iniciales notas constituyen apenas un matiz del enunciado inicial pero, no obstante, pese a su carácter embrionario, acaso puedan servir para preparar una presunta y deseada discusión que no necesariamente tiene que ceñirse a lo que yo voy a exponer. Precisamente, para constituir ese ámbito que, al realizarse, pueda ignorar ciertos aspectos particulares y alcanzar puntos no previstos por mí pero residentes en el tema, propondré un pequeño esquema de exposición que aspiro a comunicar como para entrar en materia.

2 — En ese sentido, yo diría, tímidamente, que las cosas empiezan más o menos así: ante todo, podemos situar, en un ángulo cualquiera de una pizarra, el izquierdo, algo que la cultura universal nos ha dado y con lo que de una manera hereditaria e intuitiva, si se quiere, contamos. Eso es un mundo de textos. Sabemos que existen esos textos porque nos lo han informado, porque nos han hecho tomar contacto con ellos; el resultado de ese saber es que vivimos ese mundo de textos como si fuera una unidad que en principio aceptamos como tal a pesar de que lo que la compone son objetos específicos cuyas diferencias pasan a un segundo plano en función o en homenaje a lo común que todos comparten. Visto de otro modo, ese mundo de textos como unidad es, en cierto sentido, una abstracción en la medida en que siendo un conjunto enorme es, en verdad, heterogéneo, habida cuenta de que el primer rasgo que definiría un texto es su carácter individual.

Sin entrar a considerar cómo puede caracterizarse como abstracción yo diría que es tal porque se le concede existencia por encima de la diversidad real en la que basa su existencia: esa unidad abstracta es, metafóricamente, un círculo en cuyo interior están todos los textos del mundo, tal como son y tal como pueden ser, tal como pueden haber sido clasificados singularmente y mediante agrupamientos variables, géneros, escuelas, movimientos, objetivos, funciones, etc. . . .

De este modo, habría en el esquema un primer objeto, que entendemos como un conjunto, y que designamos, sin entrar en detalle y pensando que así sorteamos toda discrepancia, como "literatura". Y bien, este objeto suscita un movimiento tendiente a conocerlo como tal. En otros términos, se trata de saber en qué consiste ese conjunto en tanto objeto, no tan sólo de reconocer, en un sentido estricto, cada una de las novelas o poemas o cuentos o lo que sea que lo integran: se trata de conocer ese conjunto cuyo carácter de objeto supone no sólo lo que cada uno de sus miembros ha logrado proporcionarle sino también la autonomía que ha logrado a partir, justamente, de lo que le es proporcionado; hasta cierto punto, eso que llamamos "literatura" es un "contrato" que da lugar a una entidad con juego propio.

Desde luego, existen tentativas para conocer a este objeto; ellas constituyen un ámbito que, a su vez, deberíamos caracterizar ya que se sitúa en otro nivel respecto del objeto abstracto "literatura". Para esquematizar, diría que éste es el ámbito de las "teorías" sobre ese objeto, que procuran explicar en qué consiste la "literatura"; ese ámbito podría ser colocado a la derecha del primero de modo que, muy espontáneamente, se armara un cuadro como el siguiente, incluyendo, desde luego, algunos elementos ya mencionados como, en especial, el de los textos particulares que situamos abajo, a la izquierda.



En verdad, si las páginas iniciales iban dibujando ya el gráfico, las que siguen de algún modo lo desarrollan. En ese sentido diría, para comenzar, que el primer sector del esquema (I) no ha de ser el único mediante el cual se puede considerar estas cosas lo que no quiere decir que tengamos el propósito de acumular otras perspectivas; se trata, tan sólo, de una inquietud que surge apenas se empieza a sentir o a sospechar que otros modelos yacen, pacientes en nosotros, esperando su oportunidad, lo que tampoco presupone un juicio sobre los resultados. Esta inquietud, por otro lado, tiene la virtud de dar lugar a una necesidad de inflexionar que se apoya en lo que podríamos designar como la imaginación de lo cotidiano o de lo vital, que da forma a esa inflexión. ¿Cuál es esa inflexión? Y bien, de ese conjunto que llamábamos “literatura” —que es el objeto que en esta instancia nos propone el problema de su conocimiento— se desprenden de alguna manera en el esquema unidades menores que podemos designar como “textos concretos” y que, como lo señalamos al comienzo, configuraban el conjunto. Es cierto, aunque decir esto parezca volver atrás, que no vivimos en ese “todo” abstracto que admitimos a través de sus partes que, a su vez, nos llegan por tradición, por herencia, por prestigio, por imposición o por acumulación. Sabemos que esa abstracción existe o bien, más simplemente, pensamos que existe, pero nuestra vida transcurre en relación con los textos particulares y concretos que integran y se desprenden de este conjunto más que con el conjunto.

3 — Ahora bien, la presencia de esta dimensión existencial en el gráfico que he diseñado propone, aunque embrionariamente, una especie de sistema de dos niveles, horizontal, la relación entre ambos nos instala directamente en la dimensión de la longitud (aunque no implica necesariamente la diacronía) y cada sector, por su lado, en la de la latitud (que no implica la sincronía). El sector I da cuenta de la existencia de un objeto de conocimiento que es, por cierto, una abstracción y el sector II de los textos concretos; para completar el esquema en el sentido longitudinal, si en el primer momento la pregunta fue ¿cómo podemos conocer este objeto abstracto? —lo que articula el sector I— ahora deberíamos preguntarnos cómo podemos conocer los objetos concretos para articular el II. Más aún, la pregunta puede ser no sólo cómo podemos conocer esos objetos concretos sino también qué podemos *hacer* con ellos; quizás, inclusive, sólo haciendo algo con ellos los podremos llegar a conocer.

De esta derivación se desprende que existiría un nuevo campo, el de una actividad o de una serie de actividades que, tendiendo a conocer los objetos particulares y concretos que llamamos “textos”, también pretende una acción con ellos, acaso instaurar una acción que surja de ellos; lo cual, como se ve, es una nueva manera de hacer la misma afirmación aunque queda en el aire algo más, una posibilidad teórica no prevista.

En suma, de estas primeras aproximaciones surgiría que hay tres tipos de relaciones que intentaremos describir, avanzando, si es posible, en su caracterización.

- a) si no sólo concebimos como necesaria y posible una teoría sobre el objeto abstracto “literatura” sino que la poseemos, la cual sería una manera de conocerlo, y si intentamos conocer los objetos concretos “textos”, ¿algo del primer conocimiento se proyectaría sobre las operaciones de conocimiento del segundo tipo?
- b) si dejamos las cosas así, aun cuando la respuesta fuera afirmativa, nuestro esquema sería estático, no pasaría de ser un reconocimiento acerca de la manera en que la realidad de estos campos, literatura y textos, se nos ofrece y del tipo de relaciones que podemos establecer entre ambas; si lo queremos dinamizar deberíamos señalar que los textos concretos de que se trata no son tan sólo “productos” sino también cierto tipo de “acciones”, noción que antecede a otra más precisa, la de “trabajo”, que quizás sea prematuro introducir; en consecuencia, se trataría de que una actividad tendiente a conocer una “acción” fuera también una “acción”, de donde se deriva que tal actividad no se limitaría a conocer el texto sino que aspiraría a hacer algo con él, a actuar con él y sobre él. El problema es no sólo qué hacer en cada caso —puesto que los textos son todos diferentes— sino también qué sentido tiene esa acción. Naturalmente, se podría decir que es demasiado pronto para hablar en detalle de este tipo de acción; podemos dar la impresión de haber satisfecho ya los requerimientos del título de este trabajo cuando apenas estamos enunciando algunas de sus implicaciones; de todos modos, esta “actividad” a la que nos estamos acercando mediante rodeos no es virtual ni ilegítima: se realiza en nuestra cultura, aunque envuelta en una nube de equívocos que, precisamente, estamos intentando disipar; tanto existe, empíricamente por lo menos, que numerosas teorías la intentan entender.
- c) este hacer, como lo hemos visto, tiene la posibilidad de contar con una teoría y, necesariamente, recibe o puede recibir algo de la teoría general que tiende a entender el objeto abstracto; a su vez, esta teoría general, que suele exponerse de manera autónoma, se ofrece a nuestra posibilidad de conocimiento: no necesariamente la construimos pero necesitamos conocerla; en función de esta perspectiva, los caminos del conocimiento se bifurcan; es preciso conocer el objeto abstracto —que sea como fuere es percibido como real en una cultura— y es preciso conocer las teorías que a su vez intentan categorizarlo, o definirlo, o permitir el acceso a su conocimiento.

En resumen, se puede pensar que el sentido que tiene el esquema es que existe un proceso de conocimiento que tiene diversos niveles a todos los cuales concebimos como “acción”. Ahora bien, la imagen misma de niveles autoriza a dejar de lado el problema de su confluencia y a trabajar por separado, en cada uno; en ese sentido, se me establece cierto programa que ahora podré iniciar categorizando a mi vez, o sea privilegiando lo que considero central en el momento más adecuado.

4 — Para recomenzar volvamos a decir que tenemos un conjunto designado como “literatura” en virtud de un conocimiento hasta cierto punto intuitivo, no personal sino culturalmente intuitivo que nos enseña, casi sin decirlo, que existe algo que se llama literatura “con todo”. Esa expresión, “con todo”, sugiere diversos enfoques: si, por una parte no podríamos rechazar ni quedarnos en una perspectiva puramente estructural a su respecto, tampoco vamos a ignorar que esto que intuitivamente conocemos se define, también, por valores que se le añaden. Así —para ejemplificar por medio de un texto— cuando por primera vez abrimos los ojos a la lectura y nos dicen que “hay” que leer *Don Quijote de la Mancha*, esa obligación descansa en un valor que se superpone a la existencia del texto, obviamente previa a nuestro propio conocimiento. Pero como por otro lado conocemos el conjunto de manera compleja, cuando nos ponemos en contacto con alguno de sus integrantes en principio lo aceptamos tal cual viene pero, a continuación, lo empezamos a observar con una mirada que no es ingenua: esa mirada en realidad es un punto de vista —lo que implica un ligero desplazamiento conceptual— y, como tal, está nutrida o determinada por una teoría o un complejo de teorías; comenzaría allí una cierta acción en virtud de la cual lo primero que podríamos distinguir, por ejemplo, a través de ese texto, si dicha teoría lo favorece o autoriza, es que el conjunto es histórico, lo que nos revelaría, al menos, que el conjunto no es homogéneo. A partir de esta especie de conclusión podríamos seguir indagando y podríamos en consecuencia decir, además, que la falta de homogeneidad proviene, quizás, de la presencia de procesos evolutivos de carácter general y amplio; así, genéticamente hablando, no es un misterio que la novela es posterior a la epopeya y la comedia es posterior a la tragedia y, a su vez, la mezcla de géneros es posterior al establecimiento de los géneros y su instalación en la conciencia cognoscitiva. Y si sólo esto es una fuente de heterogeneidad con más razón lo serán otros procesos que podemos poner en la cuenta de la historia; resumiendo, la única manera de concebir el conjunto como objeto es categorizándolo; correlativamente, esta categorización es posible gracias a una teoría que nos brinda la información necesaria al tiempo que nos permite perforar la homogeneidad que parecía su atributo preliminar.

Ahora bien, si los textos implican un proceso de orden general o histórico, o sea exterior a ellos, que los autoriza en su forma particular, y al decirlo nos permitimos comprender algo más, esto supone que el conjunto, como tal, así más comprendido, es también resultado de la acción de sistemas externos a él que generan ciertos ordenamientos tendientes a hacerlo más inteligible. Pero, además, cada texto de este conjunto en particular, o sea cada novela, cada cuento, cada poema, etc., va sufriendo a lo largo del tiempo ciertos cambios, no permanece idéntico a sí mismo.

¿Cuáles y cómo son esos cambios? Voy a tratar de entender lo que implica esta pregunta mediante un ejemplo alusivo y célebre: Borges nos propone en *Pierre Ménard, autor del Quijote*, que aunque las letras y las palabras son las mismas una cosa es que esas palabras hayan sido escritas por un escritor español renacentista y otra, muy diferente, que lo hayan sido por un francés del siglo XX. En el apólogo se introduce, con toda claridad, la noción de un modificador histórico que sería algo así como el núcleo de supuestos que una época construye en torno a una palabra y que terminan por alterar el texto del que esa palabra forma parte. Tenemos, en consecuencia, una primera aproximación —o mera sugerencia— acerca de lo que podría ser el “cambio” de los textos que integran el conjunto “literatura”.

Si aceptamos la sugerencia y admitimos que los textos cambian, cabe hacer dos preguntas, por lo menos, que parecen importantes: 1, obviamente, ¿qué es lo que cambia en ellos, la totalidad o alguna de sus partes? y 2, ¿por qué cambian?. Toda respuesta, por esquemática o elemental que sea, comporta la instauración de dos líneas de reflexión, tanto sobre los textos como sobre el conjunto que integran, el cual se nos aparecía en un primer comienzo como en un bloque, impuesto por la cultura, aceptado intuitivamente. Desde luego, no se trata de “responder” sino de aceptar la propuesta de matización encerrada en la formulación misma de las preguntas. De este modo, si se ha concedido que existen “cambios” en el interior de un conjunto, se presenta, como variante de la segunda pregunta, la cuestión relativa a la incidencia que pueden tener en tales cambios las teorías en curso sobre el conjunto: ¿son exclusivamente su producto o tienen otra fuente, otra dinámica? Sin excluir por nada del mundo que las teorías, a su vez cambiantes, generan en cierta medida tales cambios, deberíamos preocuparnos, sin embargo, por el otro aspecto, las otras fuentes, lo cual quizás pueda ayudarnos a conjurar los riesgos reduccionistas que acechan tras la universalización de la acción teórica entendida como sinónimo de “ideología” y concebida, así, como lo previo absolutamente determinante, no modificable y modificador. Veamos, entonces, esas otras fuentes; en el ejemplo propuesto de Borges, quizás al

tematizar la diferencia de dos actos de escritura que producen una sola literalidad se está aludiendo a cierta dimensión de la textualidad, seguramente no muy fácil de entender pero sobre la cual, dificultad incluida, se pueda trabajar: es la dimensión de la escritura, corrientemente anegada en parasitarias consideraciones que la quieren hacer desaparecer como práctica de tamaño social, mediatizándola, haciéndola tan sólo servir a otras prácticas. En ese sentido, el mismo ejemplo sugiere inequívocamente que formulaciones idénticas, basadas en condiciones de escritura históricamente diferentes, generan en realidad textos diferentes. El cambio, entonces, residiría en la escritura como algo que es susceptible de cambiar porque sus operaciones son radicalmente diferentes aunque eso no se advierta exteriormente, en la apariencia lisa de lo escrito. *

Esto se puede leer, por cierto, en este apólogo o, más bien, se puede interpretar en relación con un objetivo o con un sistema en el cual la interpretación es factible y aun necesaria y, sin duda, comprobatoria. Pero también lo que parece señalarse, puesto que se ha hecho actuar un concepto de historicidad más que de producción, es que el cambio, que se percibe por medio de la lectura, se operaría en la lectura, no en la escritura. En ese sentido, casi podríamos hacer una afirmación que no necesita demasiadas elaboraciones, a saber que los textos que nos han sido entregados por la cultura varían en la medida en que varían las maneras de leerlos, lo cual, como se sabe, se produce en virtud de los cambios que se operan en las sociedades mismas y en las categorías que las ordenan: el código estructural-social y el código de la lectura están estrecha e inmediatamente ligados, mantienen un vínculo sensible. Por lo tanto, y no hago más que volver a comentar el texto de Borges, maneras diferentes de leer generan diferencias en los textos porque hacen aparecer elementos que previamente, antes de tales lecturas, no se percibían y no caracterizaban los textos.

En consecuencia, los cambios que se pueden dar en un texto y en el conjunto que se denomina "literatura" no son, como lo habíamos anticipado, tan sólo resultados de una formulación teórica, o sea de una manera de *entender* la totalidad, sino resultado de un proceso histórico (social) que se canaliza en la lectura que, por lo tanto, es siempre social y modificatoria y, además, una práctica como cualquiera otra, que convive con las otras prácticas sociales y recibe de todas ellas, que se alimenta de todas ellas pero que no por eso toma necesariamente conciencia de todas ellas; correlativamente la lectura, como práctica, se manifiesta o se

* Hay aquí un concepto riquísimo y enigmático, el de "operaciones" de escritura. El choque entre la pluma y el papel no es más que el final de un proceso: la "escritura" —y podemos intuir, y algo más, sus múltiples momentos— es lo que lo precede.

desarrolla con leyes propias y hasta cierto punto autónomas, no porque esté fuera del proceso global sino porque es resultado de mediaciones variadísimas que le confieren identidad.

Habría, entonces, una teoría de la lectura sobre la que voy a volver para añadir algunas notas. Entretanto lo que importa es el “cambio”: si es registrable en el plano textual, particular o de conjunto, ¿podría también ser observado en el teórico? Para empezar a responder —una pregunta que es expresión del deseo de coherencia del esquema que voy desarrollando— diría que en el plano teórico hay en realidad un doble cambio, por contraste con el textual en el que se registra uno solo. ¿En qué consiste o cómo se produce esta bifurcación? En primer lugar, hay cambio teórico en función del cambio que se produce u observa en los textos; dicho de otro modo, las teorías se modifican al aceptar la modificación que la lectura ha producido en los textos y en la literatura; por otra parte, en función de su propio desarrollo y de las perspectivas que le son propuestas o impuestas desde el exterior social y que aceptan o matizan, las teorías también cambian; en este sentido, la teoría sobre el objeto que llamamos literatura sufre exigencias que vienen de fuera de su objeto propio y esas exigencias vienen en forma de teorías relativas a otros objetos sociales que inciden en ella. Si para ejemplificar esta segunda vertiente del cambio, bastante conocida en epistemología, evocamos a Aristóteles, cuya teoría sobre la literatura ha tenido y tiene una gran presencia en nuestra cultura, no podremos dejar de advertir que los elementos o categorías que le daban estructura en el sentido de su esqueleto o su andamiaje pero también de sus alcances, estaban no sólo trabados en función del objetivo de conocer la literatura, sino también en función de los conocimientos de su época cuyo expositor, por otro lado, era él mismo.

Parecido esquema podría ser válido para otros momentos teóricos: depende de la fuerza y de la riqueza de la interrelación la riqueza teórica y el valor que puede tener el cambio operado en la teoría considerada como campo de producción autónomo.

5 — Probablemente, la precedente reflexión subyace a toda inquisición sobre la forma y el movimiento de la teoría; darle curso y espacio puede tener como consecuencia alterar un cierto simplismo todavía corriente en relación con los instrumentos que se utilizan para considerar un texto; se dice, de este modo, que se puede hacer una crítica histórica, filosófica, psicoanalítica, sociológica, etc... Esa manera de expresarse supone que articulaciones que corresponden a ciertas disciplinas, cuyos respectivos objetos están definidos y son hasta cierto punto intransferibles, se aplican sobre un objeto con el cual no se establece una vinculación teórica clara y aun ninguna vinculación; por el contrario, yo me permito insinuar aquí que

aquellas teorías sobre el mundo de objetos “literarios”, que ante todo se proponen conocerlos en función de los cambios de forma que experimentan en el mundo social, están necesariamente vinculadas a otras zonas del conocimiento a las que intentan integrar en ellas mismas: aceptarlas —aplicarlas— parcelariamente, ya sea para responder a determinadas presiones, ya para obtener ciertas satisfacciones que vendrían del lado de las disciplinas inspiradoras, supone el aislamiento de todas las teorías y la reducción a la improductividad de las que nos interesan ahora.

Volvamos a las preguntas iniciales: ¿por qué cambian y qué es lo que cambia en los textos y en la literatura? Empezaremos por responder a la primera pregunta reformulándola para precisarlos un poco más: ¿por qué cambia la forma de un texto integrado en el conjunto mayor? Primera y aproximativa respuesta: dicho cambio se produce por la presión de factores que, en general, son extratextuales, tal como lo hemos afirmado; hay una especie de fisura —que habíamos designado como “lectura” —por la que penetra el mundo social; a su vez, para desarrollar lo anticipado anteriormente, entendemos la lectura como una práctica, codificada, regulada, con leyes, con autorizaciones, gama polimorfa de posibilidades, plural, presentada corrientemente como actividad superestructural o metafísica, separada de todo proceso de producción, inclusive el textual. Sin ánimo de internarme en una teoría de la lectura me parece, no obstante, que algunas notas al respecto podrían ser de utilidad. Así por ejemplo, la lectura sufre modificaciones en función de factores extratextuales que de alguna manera podrían mostrarse en su acción: frente a un texto, nosotros —colectivo un tanto vago porque cada uno de nosotros es diferente tanto desde el punto de vista de la clase social, de la generación, del ámbito cultural, del ámbito lingüístico, etc., a que pertenece— sufrimos tantas determinaciones, previas y simultáneas, que el texto que finalmente leemos es diferente, ante todo en la interioridad de cada uno de nosotros; con más razón es diferente en virtud de la multiplicidad de lecturas epocales: las del siglo XIX difieren de la nuestra, ni que decir las del siglo XVI. Ahora bien, esta diferencia (que podemos entender en virtud de una teoría de planos) produce, y es lo que importa, una diferencia de forma del texto que, quizás tomados por la literalidad, no percibimos a menos que hagamos conciente esta posibilidad. De aquí resulta que la lectura es algo más que un mero enfrentamiento organizado de una mirada con algo escrito, es la puerta de entrada de determinantes reales que son los que en verdad van generando las modificaciones que culminan en una modificación textual. En conclusión, en la respuesta a la primer pregunta se insta una perspectiva sociológica amplia que se sitúa, de todos modos, fuera del esquema de la representación que alimenta, corrientemente, la mirada dicha sociológica.

En cuanto a la segunda pregunta, “¿qué es lo que se modifica?” pone en cuestión mis dichos cuando digo que el texto que tengo ante mis ojos no es el mismo que el del siglo XIX o el del siglo XVI. El campo que se abre es sumamente estimulante porque nos conduce directamente, de lleno, a la materia textual; en efecto, si podemos llegar a entender que la lectura modifica, no es obvio, por un lado, el sentido de la modificación producida ni, por el otro, aquello que es modificado aparte de que el “texto” como totalidad pueda ser modificado: las frases de un texto siguen siendo las mismas pero el texto es otro, lo que nos autoriza a hablar de *otra* forma a su respecto pero, a la vez, teniendo en cuenta el primer nivel de diversidad individual de la lectura, ¿cómo podemos entender esa modificación de una manera no subjetiva? Por lo pronto, esa modificación no residiría, por ejemplo, en una modernización del lenguaje: ahí está la filología para impedirnos pensar en algo semejante; tampoco podría hablarse de un cambio de sustancia que, habiendo otorgado cierta dirección a un texto, de pronto podría dejar de ser percibida en él, tal como podría ocurrir con los textos bíblicos que, considerados por muchos como portadores de la palabra divina, ahora han dejado de cumplir ese servicio o bien ya no estamos dispuestos —algunos— a admitir que así sea. Lo que cambia, por el contrario, es el punto de vista —siempre histórico e historizado— desde el que se considera, admite o entiende, una articulación verbal.

Esta especie de respuesta —de conclusión— se aproxima, ciertamente, a los razonamientos de Julia Kristeva (“La productivité dite texte”) sobre la historicidad, no ya de la literatura sino del concepto mismo de literatura: literatura es lo que en cierta instancia social e histórica se entiende por literatura lo cual, naturalmente, se va modificando porque ese entendimiento es reemplazado, a veces violentamente, por otro, alimentado a su vez por nuevas articulaciones de lo real. Por otra parte, lo que se entiende por literatura en determinado momento no está fuera de los textos, como si planeara por sobre ellos, sino que está encarnado en la materia verbal y surge de la manera de dominación de unas clases sobre otras; tal dominación se manifiesta, a su vez, mediante atribuciones quizás nuevas, quizás inflexiones de categorías preliminares, en un movimiento de conversión que lleva a pensar el mismo objeto de otro modo, a verlo de otro modo. Así, si alguna vez se entendió que el sentido que tenía articular frases era representar hechos externos reales, verificables en la realidad, a lo sumo que las palabras articuladas producían una imagen que era la imagen de “algo”, posteriormente, en atención a esos cambios, cuya consistencia estoy tratando de sugerir, se pudo entender que esa frase tenía otro sentido como, por ejemplo, el de indicar la capacidad de producirla o de ligarla con otras, etc.

En resumen, desde esta idea de cambio en un texto o en el interior de un conjunto llamado "literatura", a partir de la categorización a que se lo puede someter viendo las cosas diacrónicamente, considerando que, además, el cambio actúa en cada uno de sus integrantes, se abre un abanico de líneas para pensar tanto en la literatura como en los textos que son su materia y su razón de ser.

6 — Se puede advertir ya que junto a una problematización del objeto viene una problematización del aparato conceptual que intenta entenderlo. Insistencia, quizás, que canaliza lo que está implicado en el título inicial cuyos términos se vinculan, se entraman con recurrencia incesante. Entonces, si respecto de los textos o de la literatura la pregunta acerca de por qué se producían los cambios instauraba una perspectiva sociológica, en la medida en que aparecían en escena factores extratextuales, no se ve por qué no habría de suceder lo mismo en relación con el campo teórico; no podría ser de otro modo en cuanto es impensable que una situación social tenga una incidencia en un sector productivo y no en el que se ocupa de aquél; además, los factores que generan aquella modificación actúan directamente sobre la teoría misma en tanto la teoría constituye un campo autónomo, dotado de identidad productiva dentro del sistema social, basada en la diferencia que existe entre ella y lo que le proporciona su objeto para constituirse.

El hecho de que nos autoricemos a hacer entrar la extratextualidad, tanto en lo que compete a la modificación de las formas de los objetos, como a su incidencia en la teoría, nos pone frente a un par de temas muy frecuentados y necesarios en la consideración de estos asuntos; estos temas son la historia y la ideología; el problema en este caso es la relación que puede establecerse con un campo productivo que, como se ha visto, es doble. Quizás contrariando ciertas posiciones, me permito decir que por un lado de la incidencia de lo extratextual en el cambio de forma del objeto y de la teoría, la ideología y la historia ocupan una posición de pleno derecho en la reflexión. Ahora bien, la perspectiva de cambio de forma de los objetos literarios que he propuesto hasta ahora concierne solamente a la acción de la lectura; ya se advirtió que no la agota, se puede pensar, también, en el plano de la escritura o, lo que es lo mismo, en el de la producción de los objetos, cosa que si por un lado implica la acción de la ideología, igualmente implica la cuestión del cambio de forma pero desde otra dimensión puesto que, al menos en su último momento, la escritura de un texto, o mejor dicho su letra, no se puede modificar: lo que sí se modifica es la forma de ese texto: habría que ver en qué sentido la escritura, en su proceso, tiene algo que ver con el cambio de forma del texto; cuestión ardua que sólo podría mostrarse con alguna claridad si se pudiera mostrar lo que la constituye como proceso.

7 — En este marco de reflexión y a partir de los problemas evocados se destaca otra cuestión que no quiero dejar de lado; dicha cuestión implica una nueva bifurcación que sin dejar de manifestarse en el plano textual tiene una presencia más particular en el teórico, situación que se ha indicado sobre el final del párrafo 3 y comienzo del 4: se trata de la imagen de cierta circulación que crecería, como imagen, no sólo de la relación entre objetos y teorías sino de la acción ideológica que se ejerce en la conexión de diversos hechos semióticos entre sí y entre ellos y su resultante con amplias realidades extratextuales. Sea como fuere, esta imagen comporta algo así como entidades que se intercambian a la manera de monedas o de bienes: ¿cuáles son esas entidades? Por aquí tenemos la literatura, por allá la ciencia, por aquí tenemos la economía, por allá las técnicas cotidianas y, naturalmente, los fragmentos de realidad que se organizan bajo esas rúbricas o que, organizadas bajo esas rúbricas, se trata de entender. Cierta tipo de pensamiento concibe cada una de esas entidades como separada aunque en la práctica existe, más de lo que se suele admitir, una circulación de todas ellas y entre todas ellas: la ciencia se intercambia efectivamente con la literatura, la política se intercambia con la ciencia, la vida cotidiana se intercambia con la literatura, con la economía y así en todos los órdenes de la realidad. Ahora bien, concebimos esta circulación de hecho —aun cuando se asuma una teoría bajo la cual al mismo tiempo se explique y se integre— no como mero intercambio entre objetos producidos sino entre prácticas que generan o que producen cada uno de estos objetos y que están, en un momento determinado, incididas todas, por igual, por factores similares; dicho de otro modo, aquello que está gravitando sobre la política puede perfectamente estar gravitando sobre la producción de un cambio de forma en un texto que tiene una posición consagrada, aparentemente, en la sociedad. Correlativamente, si pensamos en esta circulación como atrayendo a una multitud de prácticas, la idea —la imagen— de la circulación se vincula de manera directa con la del cambio de forma de los textos, y si también lo hace en el momento de su producción, o sea de la escritura, con más razón lo hace con la producción de la teoría que tiende a comprender, justamente, todo este proceso.

Desde luego, cada uno de estos puntos necesitaría ser profusamente fundamentado; estoy tratando de exhibir, simplemente, un conjunto de notas que podrían servir, tal vez, para una discusión posterior; en ese sentido, precautoriamente, se podría decir que este esquema es, no se me escapa, bastante general e incluso se puede tener, a su respecto, la impresión de que eso que se llama “literatura” ha sido sólo un punto de partida que ha desaparecido. Sólo impresión, pues además de no haber desaparecido toda su complejidad, está al contrario gravitando en este

abordaje que si es preliminar porque no maneja todavía objetos concretos, se configura hasta cierto punto como modelo porque intenta poner sobre la mesa todo lo que está funcionando cuando nos ocupamos de un texto, ese vasto campo de implícitos cuya explicitación puede constituir un gran bien tanto cuando empezamos a escribir como cuando nos ocupamos críticamente de un texto. Desde luego, no podríamos redondear este objetivo plenamente; nos limitamos a una sola nota que no vale por lo conocido sino por alguna consecuencia que no podríamos dejar de considerar: se podría afirmar que el mundo de objetos que llamamos “literatura” está en una determinada posición en el mundo social, posición que podría describirse como de “vecindad” respecto de otras prácticas sociales.

8 — Dicho de otro modo, pero dando hasta cierto punto un paso adelante, la literatura está junto a otras prácticas sociales y es también una práctica social. Esta especie de conclusión, menos obvia de lo que parece, sugiere una pregunta que constituye, a su vez, otro tema de reflexión: ¿cuál es la posibilidad de una práctica social de estar junto a otras y de diferenciarse de ellas? Sin duda, toda respuesta a esta pregunta nos lleva directamente a la cuestión de la especificidad de la literatura por un lado, y, complementariamente, a la de las relaciones que se pueden establecer entre esta especificidad y otras especificidades. Desde el enfoque que estoy adoptando, el concepto de “producción”, que sería común a todas —en tanto todas son concebidas como prácticas productivas— y que implica, ideológicamente, que se las piense, incluida la literatura, como actividades materiales, es lo que daría la clave; desde este núcleo —que es también una perspectiva— se podría ver entonces cuáles son los respectivos procesos, cómo se vinculan y cómo se separan. Sean cuales fueren los resultados de una “investigación” semejante, lo que en todo caso aparece es que la literatura, para decirlo muy rápidamente, no sería un mero sistema de aparición simbólica de otras entidades sino una práctica, afirmación que nada tiene que ver con ideas de autonomía absoluta sino con una modulación dialéctica en la que hay numerosas instancias o, más bien, una red de procesos.

Ahora bien, ¿cómo sería esa relación entre prácticas? Desde luego, esta cuestión constituye un trabajo en sí mismo si se la quiere abordar de una manera precisa, cosa que no está prevista por ahora y aquí dado el carácter extenso y genérico de esta presentación de problemas; de todos modos, ya se ha proporcionado de algún modo la clave de esta relación: la “acción ideológica”, y no voy a demorarme en ello; remito a otros trabajos míos en los cuales este punto tiene un desarrollo más amplio que lo que es posible hacer en una situación como la presente en que hay que actualizar ideas

trabajadas desde hace tiempo sin desdeñar variantes u ocurrencias que surgen mientras esa actualización busca su escenario más adecuado; el tributo que se paga ahora es, francamente, el del esbozo que quizás insinúa pero también frustra. De todos modos, esta presentación no puede dejar de producir un cierto efecto de dislocamiento a pesar de que la exposición tiene estructura y un cierto armado. Pero para que no se piense que hay autodenigración quiero decir que el dislocamiento tiene el sentido de lo no acabado, de lo que, sin renunciar a un trabajo hecho, incluye nuevos incidentes de camino, posiblemente menos importantes que los anteriores “logros” pero acaso más vivos o por lo menos más actuales.

9 — Dentro del esquema general existe, como se ha señalado en el gráfico inicial, un segundo ámbito (II), el del texto concreto que invita, igualmente, en el extremo derecho del gráfico, a una actividad; esta actividad, se ha dicho, pretende conocer el texto pero también busca actuar sobre él. Ante todo, ese texto concreto está en y se desprende del ámbito global y abstracto; no es necesariamente un objeto deducido sino que está en una situación análoga a la relación saussureana entre lengua y habla. Esto indica un primer problema que podríamos formular así: ¿qué relación puede haber entre el texto concreto y el ámbito global? Yo diría que este punto es previo, quizás poco importante porque en cierto modo es universitario aunque tiene de todos modos sus bemoles. De la eventual respuesta —llena de implícitos o, si esta expresión deja las cosas muy informes, llenas de un “saber” que tendría un funcionamiento autónomo— se desprenderían, tentativamente, varias relaciones.

En primer lugar, puede haber textos concretos que no se diferencien demasiado del ámbito global tal como se lo considera o entiende en un momento determinado: modelo en pequeño de lo que se piensa que es el ámbito literario global; esta relación no es, evidentemente, de ruptura sino de afirmación, de predominio o de continuidad; por su lado, el hecho de que se concluya en un signo o en otro, descansa sobre una red de suposiciones ideológicas según las cuales hay autorización para atribuir valores; en segundo lugar, puede muy bien haber textos concretos que no procedan del ámbito global sino que se incorporen a él: no habiendo pertenecido a la literatura de pronto pasan a ser literarios; a su vez, en este ingreso, estos textos pueden perfectamente modificar el aspecto del ámbito global y aun las definiciones teóricas o el proceso de conocimiento teórico que lo precedía; va de suyo que esta relación propone la conocida temática de la innovación lo que no agota la cantidad de cuestiones que derivan de ella como, por ejemplo, la del “relativismo” de los géneros señalada por Julia Kristeva: en el siglo XII o XIII un sermón de iglesia no pertenecía a la literatura y hoy puede que sí, hoy podemos leerlo no como sermón sino

como otra cosa, en todo caso como algo que se entiende literariamente; este traslado tiene consecuencias para una conceptualización de la literatura si se hacen explícitos los elementos que permiten hacer esa incorporación; igualmente, podemos incluir en el marco de esta segunda relación el tema de la articulación de la producción literaria popular y la producción literaria estratificada y, aun, aspectos todavía más problemáticos como el de la relación entre la poesía como código — métrica, vocabulario, temática, etc.— y textos descalificados, tales como los publicitarios y los políticos; el ingreso posible de estos textos al ámbito global modifica, sin duda, la concepción que se puede tener del ámbito global; a todas estas posibilidades habría que añadir el problema central de los géneros: si la idea de “género” era lo que permitía entender la realidad de ese conjunto llamado literatura, ahora, a través de textos no genéricos pero que no obstante empiezan a ser aceptados como literarios, se puede concebir al conjunto de otro modo.

Aunque no consideremos más que estos dos puntos creo que el ponerlos sobre el papel acarrea consecuencias de importancia: por de pronto resulta difícil afirmar que exista algo que se llama “lo” literario y que posea una identidad perfecta, definible de una vez para siempre, vieja cuestión; esta dificultad, por su lado, trae un beneficio complementario en cuanto desmitifica cierta idea sobre la literatura que la caracteriza como no sólo poseyendo una identidad esencial sino, además, como si esa identidad fuera axiológicamente superior a otras identidades; complementariamente, estos razonamientos llevan, con más propiedad ideológica, a pensar en especificidades, con todo lo que eso comporta; especificidad, como se sabe, no se opone a identidad y en cierto modo la ratifica pero incluye, a su turno, un doble movimiento, de producción (la especificidad es un resultado) y de diferencia (respecto de otras especificidades producidas); en cambio se opone a esencia, precisamente porque incluye la producción.

La relación entre un texto concreto y el ámbito global, entonces, propone un núcleo de reflexiones que se disparan por muchos lugares. Me importa, en este momento, detenerme en la última acotación, relativa a la “diferencia” para preguntarme por ella, más en detalle. Por ejemplo, diferencia respecto de qué; ante todo, respecto de otras formaciones verbales también literarias o que entendemos como literarias o en las que reconocemos una especificidad que se enfrenta con otras similares para regularlas o innovar u obligar a una modificación de concepto. Además, diferencia respecto de otras formaciones verbales tales como, por ejemplo, un asiento en un libro de contabilidad o una página del directorio telefónico, etc., que no admitimos como literarias todavía aunque sospecho que va a ser difícil que, salvo en el interior de otros textos, llegemos alguna vez a admitirlas como tales. En tercer lugar, podemos hablar de una

diferencia entre los textos, entendidos como práctica verbal y otras prácticas no verbales que tienen en la palabra su vehículo: la política y el discurso político; el que un discurso político sea un hecho político pero que haya también hechos políticos que no sean discursos indicaría que sólo los discursos políticos podrían entrar a formar parte de la textualidad; inversamente, eso probaría que los hechos políticos no discursivos o discursivos constituyen una práctica diferente de la especificidad literaria que estamos reconociendo.

10 — En resumen se podría señalar, en primer lugar, que la actividad de índole verbal que permite que un texto concreto se relacione con un conjunto entendido y aceptado como literatura es una práctica textual; en segundo lugar, existen prácticas verbales no textuales, todavía o por largo tiempo o acaso para siempre; en tercer lugar, existen prácticas no verbales, textuales o no; finalmente, la práctica textual no es igual a la práctica verbal que se realiza sobre los textos aunque en ciertos casos también puede darse esa igualdad.

Retomando este último punto la cuestión se plantea así: un trabajo sobre un texto de Homero ¿no podría ser también un texto en el sentido en que lo es el texto de Homero? ¿Cómo saberlo? Teóricamente, para responder que sí o que no, habría que buscar la diferencia existente entre ambas prácticas a través, quizás, del sistema productivo que las guía y que pasa no sólo por la relación entre lenguaje objeto y metalenguaje que, de este modo, no queda encerrada en sus términos. Para acercarse a ese concepto habría que asumir la actividad diferenciada sobre los textos y no sólo admitirla dentro de un esquema como allí necesaria aunque no existente; en verdad, esta actividad está respondiendo a una realidad, la que se llama comúnmente “crítica literaria”, imagen o designación que proporciona una satisfacción más aparente que real aunque más no sea porque gran parte de su ejercicio y su resultado no reivindica fundamentos justificados sino que se verifica en función de una historia que es un depósito de malos entendidos, lo que hace que el problema de una actividad tendiente a actuar sobre los textos permanezca en la vaguedad de su afirmación.

No me voy a extender sobre este punto porque lo he tratado en algunos trabajos, sobre todo en el que se llama *Producción literaria y producción social*. La forma que por lo general he adoptado para manejarme en el tema es que la “crítica literaria” no puede responder a las exigencias de un esquema como éste porque su situación y su acción es la del satélite, o sea que mantiene con su objeto una relación infranqueable, gira en su torno pero no logra entrar en él. En ese sentido, la expresión más coherente, y habitual, de la crítica literaria sería el comentario o el mimetismo crítico.

Como conclusión provisoria diría, en consecuencia, que se trataría de dejar de lado este sustituto de actividad que se llama “crítica literaria” para pensar en una “actividad” fundamentándola como “práctica” productiva vinculada con un objeto específico y en relación con el sistema de la sociedad, en el cruce de dos sistemas. Pero esta es una historia que promete un nuevo desarrollo y cuyo título sería, para mí, “El trabajo crítico”.

